

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA.

En el Interior:

\$3 75-TRIMESTRE, \$7 SEMESTRE.

EN AÑO \$12-75.

Número suelto á Cts.

30.

LA REDACCION

CALLE DE

S. MIGUEL, NUM. 11

ADMINISTRACION:

HALLASE EN

LAS OFICINAS

DE LA "PROPAGANDA LITERARIA,"

Habana, n.º 100.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN

la Habana á Cts.

25.



DON JUNIPERO,

SATIRICO Y LITERARIO.

AÑO VI.

REDACCION:
CALLE DE S. MIGUEL, NUMERO 18.

HABANA, DOMINGO, 19, SETIEMBRE, 1869.

ADMINISTRACION:
CALLE DE LA HABANA, NUMERO 100.

NUMERO 49.

SUMARIO:

TEXTO.—A nuestros suscritores, por LA REDACCION.—Historia natural, por AMURATES.—Otra carta de un mambi del campo á un mambi de la ciudad, por El Moro de los DATILES.—Mi vecino Juanita, por MAHOMA.—Seguidillas, por BLASCO.—Carta de Nueva-York á "Don Junipero," por El Moro CASTEL.—Las tunas van á las Tunas, por AB-BILIN.—Madrid se aburre, por EGUILAZ.—Cinco semanas en burro, por DOS MOROS Y MEDIO.—Arabescos.
CARICATURAS.—Por DON JUNIPERO.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Las cuestiones de nombre nada significan ante los hechos.

Mientras EL MORO MUZA estuvo á cargo de la Empresa que lo ha sostenido durante el último año, bien sabe el público lo que fué el periódico. Hechos constantes, esfuerzos continuados, han venido á patentizar su idea política, sin omitir al paso sacrificio alguno para corresponder á las consideraciones con que se le ha favorecido por el público.

Hoy, motivos que no son del caso, dán lugar á un cambio de nombre, sustituyéndose provisionalmente el título con que el periódico se publicaba, por el de DON JUNIPERO, que es bien conocido y apreciado en el estado de la prensa.

Pero aunque de título haya cambiado, en nada más se modifica la organizacion interior del periódico. Sus constantes favorecedores encontrarán en él siempre un firme defensor de la causa española y seguirán disfrutando, si tal es su voluntad, de la amena lectura que hasta ahora les han proporcionado los diversos redactores, colaboradores y corresponsales con que dentro y fuera de la Isla cuenta.

Como DON JUNIPERO está dispuesto á cumplir lo que ha ofrecido EL MORO MUZA, los suscritores deben tener la seguridad de que todos los compromisos contraídos por la actual Empresa serán satisfechos religiosamente.

LA REDACCION.

HISTORIA NATURAL.

LA PLANTA DAÑINA, Ó EL MAMBI.

Artículo del cristiano viejo Mariano José de Larra, puesto en música, y no celestial, por el moro jóven Amurates.

Si mi memoria no fuese tan mala, y alguno de ustedes se empeñase en saberlo, yo les diría si fué Poe, Gundlach, Morales ó algun otro sabio inédito, amigo de *lo verde*, quien aseguró que el jagüey es el simbolo de la ingratitud, y que en el reino animal no hay más que un individuo de la familia de este vegetal, el usurero.

Pero sea de ello lo que fuere, como al caso es igual que se deba á Juan ó á Pedro el descubrimiento este, coordino mis ideas, á la manera que abogado sátrapa coordina en su magin sofisma tras de sofisma, para socabar en su base los argumentos del contrario.

Lo cierto es que si el naturalista en cuestion comparó al jagüey con un usurero, si mi buen amigo Mariano Ramiro, sosteniendo esta opinion, le llamó «sanguijuela social, jagüey con uñas», es porque entonces no se conocia otro animal de la familia, que ha venido á enriquecer nuestra flora, bien que desflorando los campos de Cuba, y que se llama EL MAMBI.

Así como hay en nuestros rios, entre guabinas y bajiacas, algun receloso jubo, y así tambien como hay en el mar, entre inofensiva cherna y sabroso pargo ó rabi-rubia, algun tiburón voraz; y de la misma manera que en los pittorescos campos de Cuba, creceu como confundidos, con la jugosa caña, el aromático café, la enhiesta palmera y la frondosa séiba, el traidor jagüey y el ponzoñoso guao, en esta isla hay á la par que decentes y nobles y patriotas cubanos, que todo lo quieren con España y que se confunden en fraternal abrazo con los honrados peninsulares que les han traído idioma y civilizacion, leyes y costumbres, seres abyectos, miserables, malvados ó ingratos que se llaman mambises, sin duda porque cualquier otro nombre execrable no expresaría tan bien como ese su índole aviesa.

El mambi no es hijo del clima, como lo es,

por ejemplo, del terreno húmedo la planta del tabaco y del seco la piña de raton: algo, sin embargo, influye esto, porque á la manera que la Habana dá poetas como Enamorado, Domingo García y Alfredo Torroella; Matanzas gente que, en su sentir, es la flor y nata de la sabiduría; Trinidad cantadores y trigueñas de pelo corto, etc., etc., el Camagüey dá mambises á porrillo, etc., etc., convirtiéndose, como gráficamente ha dicho *La Voz de Cuba*, en nido de víboras el que fué haren de sultanas.

Ciertamente, que no es ese el solo terreno que posee el privilegio especial de dar semejante yerba dañina con fecundidad pasmosa, y que al año deja caer de sus ramas dos ó tres cosechas abundantes.

Pero esto no quita para que allí no sea necesario otra cosa que dar verbi-gracia, un picotazo en las alas de cualquier bigirita, para que incontinenti se convierta en mambi.

Hay quien dice que el mambi es planta exótica, y quien, por el contrario, que es indijena.

Yo pienso que los segundos tienen razon, y que no carecen en parte de ella, los primeros.

Me explicaré.

Es indijena, porque indijenos diz que eran aquellos primitivos pobladores que vivian aqui la vida de la ignorancia y el empobrecimiento.

Es exótico, porque ha habido una mezclanza, hasta cierto punto limitada, entre esta raza y la africana, de cuya mezclanza nació el mambismo y su fruto predilecto, el mambi.

Mas indijena ó exótica, lo cierto, lo verdadero es que no necesitó para propagarse más que el cultivo de cierto Caballero de la Luz, que despidió resplandores tan falsos como las noticias de *La Libertad* de Nueva-Orleans y tan huecos como los artículos de cierto periodista.

Aunque lejos del trato social, alejada de las poblaciones, es como esta planta crece rozagante, no por eso deja de haber mambises domésticos, más aún, estos son los más dañidos, porque exhalan un aroma fuerte que al pronto no daña, mas que después asfixia.

Habitante de la manigua, soldado del desorden, corredor por excelencia, el orden y la ra-

zon le dañan y le ahuyenta el olor de la pólvora ó la sombra siquiera de un voluntario.

El mambí, si no posee virtudes, «participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva, al aire al irle á echar mano: se encierra y esconde, como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche: ahoga y destruye como el ingrato jagüey el árbol á que se arrima: tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle, sobre todo, los cañaverales de los ingenios, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demás.

Produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las áuras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña brava nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene mas dientes que el ajo pero sin tener cabeza; cria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.»

No es planta antigua el mambí, ó por lo ménos no la clasifican como tal ni Washington Irving en su historia del *Descubrimiento de América*, ni el prófugo Bachiller de los Morrales en su *Cuba primitiva*, y esto explica mi afirmación del principio.

Amigo de figurar, cuando vivía en poblado, en bailecitos y guarachas, su figura y organización es en el reino vegetal de la línea divisoria con el animal: y así como la mona es en este el ser que mas se parece al hombre, así el mambí en aquel es la producción que más se parece á la persona; en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy esperto, cualquiera lo confunde: pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas, silba; pues cuando pasa entre mambises, habla: hé aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El mambí echa también, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle, cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error: distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón.

Admirable es la naturaleza y sábia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no extrañará cuanto de otras propiedades del mambí maravillosas vamos á decir. ¿Hay nada más singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediación de su macho, y que arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita, y perece, como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el mambí tenga inteligencia, solo porque se le vea hacer cosas que parezcan indicarlo; lo más que se puede deducir es que es sábia, admirable, incomprendible la naturaleza.

Los mambises, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntanse como lobos, en tropas, por instinto de conservación, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado buey, le chupan el jugo y absorben su sangre, que es su verdadero riego, como á las demás plantas el rocío. Otra cosa más particular; es planta enemiga nata de la propiedad del vecino, y como esta propiedad no se halle custodiada por soldados ó voluntarios, rodean aquel, enredándole sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentina y le ahogan; si no suelta la plata, muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si há lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora: ¿para qué quieren la plata, si no saben comprar nada con ella? Ahí verán Vds., respondiendo yo, si es incomprendible la naturaleza; toda la explicación que puedo dar es que se vuelven siempre á la plata como el heliotropo al sol.

Notan también varios naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas, llenas de púas y en forma de erizos, que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, así los mambises, sobre todo

los más tallados y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones aunque sean de ferro-carriles, y plata que tiene roce con mambises, pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química!

Metan por las calles del pueblo á donde llegan (hasta ahora ha sido únicamente Bayamo, que después quemaron,) un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero sin dejarsele, bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda, sinó desnuda y arañada.

Muchas de las cualidades de esta estrambótica planta paso en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse: como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre las plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial y hasta perjudicialísima el mambí, pero también la naturaleza, sábia en esto como en todo, que al criar los venenos, crió de paso los antidotos, dispuso que se supiesen remedios especiales, á los cuales no hay mata de mambises que resista.

Entre estos remedios,—aparte de los que se llaman fusilamiento, cuando el mambí confiesa que es asesino é incendiario, deportación á Fernando Póo, presidio etc., etc.—se encuentra el titulado voluntario, cuya sombra basta para que les dé la muerte, como tendré tiempo de probar á ustedes otro día, relatando la historia de uno de estos individuos.

Hay otro remedio que hasta ahora no se ha probado y que daría resultados brillantísimos; este es hacer ahumadas de pólvora: no se ha probado quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es más bien contra brujas, podría no ser importuno, y aún tengo para mí que había de ser más eficaz contra aquellos, que contra estas.

El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes; abriéndoles los ojos para que vean á los mambises claros como son y los distingan, sería el mejor antidoto.

Por lo demás, y para concluir, ningún cuidado puede dar á un labrador bien intencionado, la acumulación del mambí, pues es cosa muy espiritada que en el último apuro, la planta es también de invierno, como si dijéramos, de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde, como todas las plantas, su virtud, es decir, su malignidad.

Tiene de malo este último remedio, que para proceder á él, es necesario colgarlos uno á uno, y es operación larga. Soy enemigo además de los arbitrios desesperados, y así, en mi entender, de todos los malos contra los mambises, pareceme mejor el de la pólvora, y más eficaz aun la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales parecen corridos y deslumbrados.»

Ahora bien, como á pesar de todo lo dicho, que no es poco decir, queda aún la opinión del señor público, caballeo que pocas veces se equivoca cuando le echa el fallo á uno diciéndole:—¡Te conozco!—el que considere que el mambí no pertenece á la familia del traidor é ingrato jagüey, que se deje asir por sus garras y no vaya armado por lo ménos de un buen Remington.

Y basta de mambiserías.

AMURATES.

OTRA CARTA

DE UN MAMBÍ DEL CAMPO A UN MAMBÍ DE LA CIUDAD.

Estivado Juan Francisco: Lla tea brás feguero que llo mea bia muéltó á jusgar por mi larjo silencio, pues ende que te escribí la última vos no tabia vuerto á escribil otra, pero no es así á Dios gracias y á la virgen de la caridad del cobre, que es nuestra patrona, si bien e tenido una pata en el seprulco por cuenta de un coléra que me embromó y entodavía me tiene siguato, á mas de un balaso que me dieron en la parte posterior y que por desensia no nombro.

Resibí la tulla que me trujo ese papel intitulado Moro Muza, y me gusta este correo, porque no tube que incomodalme en leelsela á nai-

de, pues muchos la lleron, así es que si piensas contestal á esta que te dirigo aora, puedes dixerir la contesta por el mesmo condurto.

Sabras, Panchito, como me hisieron perfecto ó prefeto de uno destos paltios, pero yo me resistia, porque naitica se de leyes, ni me da gusto andal entre papeles, mas no tuve otro remedio que ajoeciar y cuando fui á la cabesera á tomar posesion de mi encalgo, estaban en eya los gorriones y en que apuramiento me vide pasalil ilieso de sus jarras; me presenté al general y me dijo que era un tolpe, un cobalde.....lla tu ves, cobalde yo, y me apuesto á que naide á quemado mas fincas que llo y me dio una gana de pegale un trompon, así general y todo, porque á la fin el no es mas que llo, que llo soy un siudadano onrao y mas baliente que el y todos semos iguales, porque para eso sali yo de mi conuco y me dejé á mi probe Cheita, que no e vuelto á sabel mas de eya, como no sea que se fué con un saljento moreno del ejérsito de Cabada, en fin y á lo que estabamos, que toas me las ha de pagar juntas mas tarde ó mas temprano.

Contalte mi vida desde la otra calta que te mandé, seria mu largo de desil, porque todos los dias de aquí para allí y dacá para llá, comiendo, peliando y sin asel nada de provecho; pero la golda fué en las Tunas donde me pegaron un balaso pues toda la mañana andubimos á trompasos pero se defendieron como perros, tan flacos y tan enfermizaos como estaban: chico allí habias de vela nuestro Carlos Manuel en su quitrin con trio, desesperao y vociando porque no entrabamos en el pueblo, pero lla estaba bueno, que si quieres, el demonio que entrara: Quesada quiso rompel su espada como en Cubitas, pero nosotros no le dejamos hacer tan grande barbarida; Agilera yo no lo vide en toa la mañana, se conose que andaba consolando á las mujeres que vinieron pa entral en las Tunas y mia tu, fué una lástima no haberlo verificao, porque hubieramos tenido un guateque sabroso aquella noche y quien sabe si á mi me hubiera tocao de mancuerna una buena jembra, pues las habia de rechupete y déjeme el cabo, camagüellanas en su mallor parte y vestidas á la campaña, con sus túnicos de las colores de nuestra bandera y estreyas de plata y otros muchos ringorangos de que no me acueldo porque no estaba el tiempo pa figarse mucho, pues se armó un revoliseo que toitecos tuvimos que salir á rovieta caballo por aquellas maniguas de Dios, y asta el mentecato del abanderao, un mister ó mosin, que pa mi gusto ni cubano era, si no venio del norte, se dejó cojer la bandera por un gorrion pequeñin, envueltico en carnes, que luego hemos venio á sabel que era ese Faundo Martin Picao que nos á picao la retaguardia muchas veces, cojiéndonos de bobos vestio lo mesmo que un guajiro; pues como te iba disiendo le arrebató la bandera y lo mató (Dios lo haiga perdonao) una bandera tan linda, bordada por las manos propias de tu parienta Emilia Casanova, que pa eso de bordal banderas no hay quien le eche la pata, aunque pa otras cosas se la echan, así que puedes desirle que nos borde otra, pero que en lugar dedesil *Libertad ó muerte* diga *hiba mi dueño* paque asina no puedan matar al que la yeve.

É oido desil por ací que la noche buena la abemos de pasal en la Habana, conque Juanillo, ves engordando un buen guanajo y que no falte el arrosito blanco y una buena cherna con su correspondiente mojó, pues ya estoy jarto de comel casabe y malanga á toas las oras deldia.

Valla que será un dia grande el que nosotros entremos en la Habana con nuestro presidente Carlos Manuel á la cabeza y los demas generales y edecanes todos de grande unifolme y hermosas banderas y que ya no se verá un paton ni para remedio, pues toitecos se habrán embarcado pa su tierra antes que les echemos garra y pa entonces sabe Dios lo que llo seré por que á pesar de lo que me desias en tu carta no e perdio la esperanza de ser general.

Con que Juan Francisco, que no se te olvide lo del guanajo y la cherna ni de dar mis aferros á tu mujel y mandame como puedas aunque sea una esquifación pues ando medio desnudo y no cansando mas asta otra se despidie tullo siempre amigo que te quiere.—BLAS.

Por la copia,

EL MORO DE LOS DÁTILES.

MI VECINA JUANITA.

Yo tendría entonces unos veinte años, era poeta, no muy feroz, y joven de carrera.

Todas estas circunstancias recomendables me hacían ser aceptable por parte de las hijas de Eva; de esas picarescas hembras que ¡francamente! son la cosa que más amo en el mundo.

Tenia una vecina que se llamaba Juanita, aprendiz de costurera, rubia como una onza, blanca como el marfil, esbelta como una palmera, graciosa como ninguna y con un pié..... ¡qué pié aquel, caballeros!.....

No sé por qué, pero lo cierto es, que cuando nos enamoramos de una mujer, lo hacemos fijándonos primeramente en los ojos, en el cabello, en la cintura, en el pié, en la mano, ó en algun otro detalle cualquiera, que hace las veces de conductor eléctrico magnético, y que nos descarga en mitad del corazón una dosis tal de amor, que nos electrizamos.

Nunca nos fijamos en el conjunto, en el todo; por eso yo sustenté la teoría de que el amor entra por partes.

Yo era muy sensible y muy impresionable; mi vecina Juanita, tierna y romántica; nos miramos y nos comprendimos; hubo cartas y ramilletes y promesas de por medio... y relaciones al canto.

Pronto obtuve permiso y tuve entrada en su casa, nido de mi blanca paloma, como yo la llamaba.

La mamá de Juanita, matrona de cincuenta inviernos, juró ya desde el segundo día que me idolatraba y me quería como si yo fuera hijo suyo.

Papá suegro era un feróz sargento de Provinciales, retirado á dispersos, con unos ojazos y unos bigotes que daban la hora y los cuartos. Este mozo no me dió muestras sino de antipatía.

Juanita y yo conjugábamos lo mejor posible el verbo amar; ella correspondía tiernamente á mi cariño, yo estaba ciego, la chica no veía..... pero el papá veía por cuatro, ni más ni ménos.

Su par de bigotes me tenía á mí de un humor de todos los diablos y el espionaje no interrumpido que sobre mí ejercía, me era de todo punto insoportable.

Mis penas se parecían á las deudas del tramposo, porque siempre iban en progresión aritmética continua; el suegro me encoraba y estaba colocado entre Juanita y yo como un carbon entre dos hogueras, y yo renegaba de su casta, pero sin que él se diese á partido.

Yo me iba quedando tan escuálido como la estampa de la heregía, y era preciso atacar el mal de amores que amenazaba aniquilarme, haciendo en mí un horroroso estrago.

Juanita, de tan enamorada, me había jurado que era capaz hasta de escapar de casa de su papá.

Este último se había comprado el día en que mi novia me dijo lo últimamente apuntado, un nudoso garrote de récio y correoso espino, cuyo palo no me hacía maldita la gracia.

Un día, mi amada, en un raptó de desesperación, me dijo:

—Teodoro:—así me llamo yo—esto no puede seguir así; ó nos casamos, ó pongo fin á mi existencia.

Lo de casarme me hizo poca gracia, pero lo de morirse Juanita, ménos; la verdad sea dicha.

Yo había leído muchas novelas dramáticas, en las cuales había aprendido un millón de trapisondas para salir airoso en lances de amor.

Copié una de ellas, y creo que también la carta que sigue, la cual hice llegar á manos de mi amada rubia.

Hé aquí la carta:

—Yo voy á morir de pena, alma mía, si esta situación desesperadora no termina para ámbos. Mi pecho no puede resistir más el peso de la honda pasión que le oprime, y el alma mía, intérprete fiel de mi agudo martirio, sirve hoy de mediadora para contigo, suplicándote pengas fin á mis males y tal vez fin, ó al ménos remedio, á los tuyos.

«Sí, Juanita, Juanita de mi vida! tuyos son todos mis pensamientos, todas las horas de mi vida, todos los instantes del trabajoso insomnio que por las noches me atormenta. En sueños te veo llena de encantos y de gracias, pura como un ángel, hermosa como una virgen, gentil y fascinadora como el primer fantasma de amor que nos revela con su aparición la entrada en la juventud dorada; pero... ¡ay! también veo á tu lado el incivil aspecto de tu papá, con sus bigotes y sus ojazos que parecen me quieren tragar.

«¿Por qué, Juanita de mi alma, hemos de continuar eternamente siendo esclavos de su tiranía? ¿Por qué, ya que nos amamos, ya que somos libres en disponer de nuestro corazón y de nuestra vida, hemos de seguir sujetos al yugo de la cruel presencia y vigilancia del ogro de tu papá?

«¡Alma de mi alma! Si es cierto que tu amor no es fingido, si sientes su poderoso imperio como yo lo siento, otórgame, como prueba de tu pasión, la gracia que voy á suplicarte.

Tu tirano papá sale á las doce de la noche á jugar al monte en la casa que yo me sé, donde se *limba* que es un primor. ¿Estarás tú á las doce y media á la puerta de tu casa para hablar conmigo? Espero que no me negarás esta gracia. Yo llamaré, daré tres golpes, y después después tendré el placer de contemplar tu mágica hermosura para

rendir á tus piés el justo tributo de admiración que te mereces.

Tuyo amante hasta la muerte.

Teodoro.»

Era la noche precursora del instante de mi ventura.

Estaba oscura como conciencia de insurrecto, circunstancia anhelada por los amantes.

Las noches de luna son demasiado claras para los colojos de amor.

El rapaz vendado nos proporciona tantos más goces y dichas, cuanto mayores sean el silencio y el misterio.

Yo contaba las horas, los minutos, en el reló de mi gabinete.

Si fuera árbitro para disponer á mi autojo de ese gran exterminador llamado tiempo, le haría perder su justa marcha, arreglándola á medida de mis deseos.

El tiempo es un señor que no se adelanta por nadie ni por nadie espera cuando le llega su hora marcada.

Yo tuve entonces prevision de aguardar á que sonara la de mi ventura.

Dieron por fin, lenta y pausadamente, las doce horas que marcan la mitad de la noche.

Mi tocador había sufrido un saqueo horrible, y el espejo no parecía sino que me demandaba piedad por tanto como lo había martirizado.

Me vestí como para asistir á una gran fiesta, salí á la calle y me encaminé á la casa de mi adorada Juanita.

Allí me fué forzoso esperar á que trascurriera un cuarto de hora que para mí no tenía límites.

Sonó la media por fin, y apresuradamente me diriji á la casa de mi ídolo.

Penetré en el portal y me acerqué trémulo y agitado á la puerta.

En mi pecho tenía una fragua que me consumía; en mi cabeza un volcan que me abrasaba.

Los latidos de mi corazón podían haberse oído á un cuarto de legua de distancia.

Levanté mi agitada mano, di los tres golpes consabidos y se abrió la puerta.

Y casi incontinenti otros tres golpes formidables recibí sobre mis espaldas, los cuáles tenían un sabor tan pronunciado á baston de espino, que hicieron se helase toda la sangre de mis venas.

Acto continuo, una mano que parecía una garra, se apoderó del cuello de mi levita, me levantó en alto y en peso, y haciéndome volar sin alas, me arrojó allá en el confin de un cuarto oscuro, cuya puerta sentí que la cerraban con llave.

Me quedé como el que vé visiones, á oscuras, aporreado, lleno de polvo y prisionero de guerra en aquel sucucho.

Por dó quiera veía bigotes descomunales y ojazos de basilisco.

En mi delirio, se me figuraba que todos mis huesos habían recibido como forro, una coraza de madera de espino.

Trascurrieron unos diez minutos, pasados los cuales, sentí que abrian la puerta, como así lo verificaron; apareció luz en el umbral, y entonces vi.....

¡Ay!..... Dejarme tomar aliento ántes de narrar los sucesos que faltan para dar fin á mi historia

Vi nada ménos que al papá de Juanita, con su garrote de espino en la diestra.

Trás de él, á la mamá de Juanita, prendida de veinte y cinco alfileres.

Después de la mamá de Juanita, á los amigos del papá de Juanita, vestidos con la ropita de cristianar.

Detrás, Juanita, vestida de blanco, con una corona de flores, que me pareció de ajos, en la frente; con blanco velo y un ramillete blanco en la mano.

Y detrás de todo esto..... ¡un cura con su correspondiente sacristán!

Estos últimos personajes del drama, me dejaron más blanco que el traje de Juanita.

Yo pateé, horé, supliqué, juré y perjuré; pero papá suegro me enseñaba su baston; y mamá suegra me estrechaba en sus brazos y..... ¡hasta me besaba!

Juanita se ponía pálida de ira al ver mi resistencia, y los testigos improvisados se atrevían á llamarme mal caballero.

Yo soy muy caballero—es decir—era muy caballero, eso sí, por lo tanto me resolví á dar un mentís á aquel par de zánganos y..... ¡me casé!

El día que yo escriba la historia del amor, voy á causar una revolucion en las ideas.

¡Decir que hay luna de miel!

¡Afirmar que existe el cariño conyugal!

¡Divinizar los goces del hogar doméstico!

Leed estas páginas, leedlas, y vereis lo que es canela.

Mi esposa postiza ó á la fuerza, me dejó solo la noche de mi desventura, y se fué con su padre y los testigos, uno de los cuales, joven y bien parecido, le hizo á mi costilla un par de caricias diciéndole:

—Vaya, chica, afuera penas, que ya estás colocada.

Calculen ustedes cómo me pondría yo!

Al día siguiente, mi suegro real y verdadero, me ordenó

que asistiese á la oficina, y que volviese á comer á las dos en punto.

Yo obedecí, y regresé á la hora de comer. Tuve que emprender la cotidiana faena de hacer plato á todos.

Mi Juanita se dignó perdonarme no sé de qué, al cabo de tres días, y entonces comprendí que el amor es un escoso.

Mi suegra quedó parálitica, y como congeniaba mucho conmigo, tenía yo que pasearla por la casa, en un sillón de ruedas que me había costado el dinero.

Mi suegro terminó por tomar cada noche una turca, para distraer las penas que le causaba su mala suerte al monte.

Pero entonces, aproveché algunas monas, en las cuales devolví con creces sobre sus espaldas, las raciones de espino que él me había endosado y de las cuales aun conservo señales indelebles.

Mi mujer empezó á largar todos los años dos criaturitas de un parto.

Tengo seis hijos, viene la revolucion de Setiembre y me dejan cesante.

Mi suegra se muere del tífus más adelante y es preciso hacerle un entierro decente.

Mi suegro sucumbió un mes después de sentimiento y hubo también una nueva fiesta.

Y por último..... ¡delicias conyugales!

Hace un mes que Juanita ha curado de las viruelas, y le quedó la cara tan hermosa, tan interesante, que parece una regadera.

¿Quién me presta un revolver? ¡Caballeros!.....

MAHOMA.

SEGUIDILLAS.

Ya no son toros bravos
los que acometen,
que son los sacerdotes,
según parece.
Y está probado
que tienen el arranque
de toros bravos.

Cuando vengas á verme
ven con la luna,
no se crea mi padre
que eres un cura.
Si tal creyera,
saldría á recibirte
con la escopeta.

Ayer en una iglesia
dijo un devoto
que el domingo que viene
tendremos gozos.
Gozos muy grandes,
al ver morir á miles
los liberales.

Seis partidas en Burgos,
diez en Asturias,
y catorce en la Mancha
son dos mil curas.
¡Viva el bonete!
¡qué partidas nos juegan!
¡va ya un julepe!

El confesor me dice
que no te quiera,
porque no te cobijas
á su bandera.
Y yo te digo,
que si sigues *asina*,
riñes conmigo.

Ya no van los chiquillos
á la doctrina,
que van á pelearse
junto á la esquina.
Y esto sucede
porque el cura les dice
que así se aprende.

Ya no hay medios humanos
de ir á la Iglesia,
que al que lo pillan dentro
le abofetean.
¡Buena está España!
la religion se ha vuelto
toros y cañas!

RUARRO BLASCO



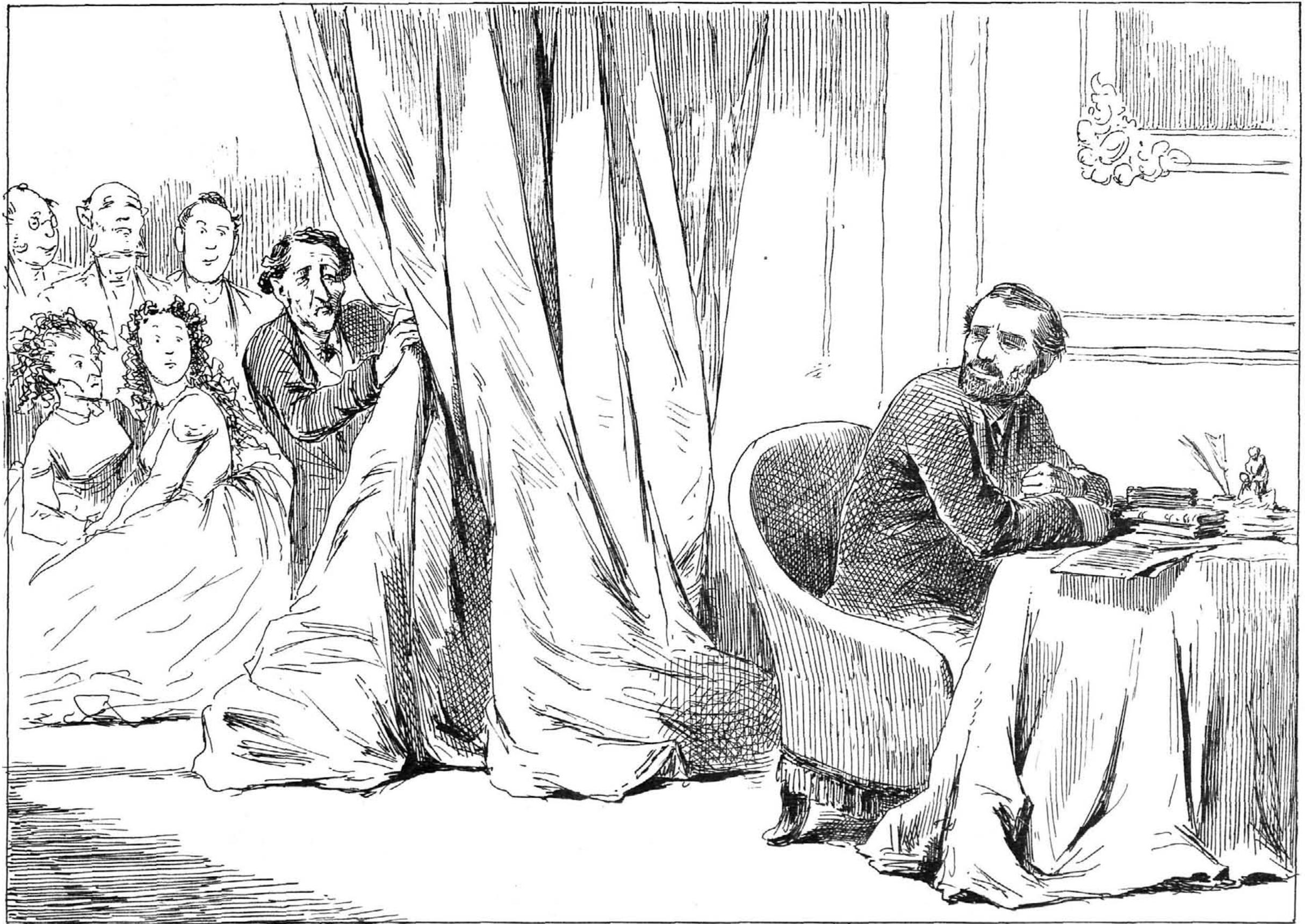
—No se molesten más, Sres. Lemus, Goicouría, & c. Por más remedios que le quieran aplicar, la insurrección ha entrado ya en el tercer período de tisis.



DON ENRIQUE BONICHE,
defensor de las Tunas.



El gran combate naval en los baños de Romaguera.



LOS JUEGOS DE PRENDAS DE LA JUNTA CUBANA. TRES VECES SI, Y TRES VECES NO.

Lemus.—Nos dejará V. comprar armas? eh?... *Grant.*—Sí. *Lemus.*—Y llegarán á Cuba, eh?... *Grant.*—Nó. *Lemus.*—Pero podremos comprar un vapor? *Grant.* Sí.
Lemus.—Y lo dejará V. salir? *Grant.*—Nó. *Lemus.*—Nos reconocerá V.? *Grant.*—Nó. *Lemus.*—Entónces nos iremos al diablo? *Grant.*—Sí.

CARTAS A "DON JUNIPERO."

NUEVA-YORK, 9 DE SETIEMBRE.

Tres eran, tres, las hijas de Elena,
Tres eran, tres, y ninguna era buena.

Ya tenemos reunidos en esta ciudad de las anomalías á los tres enviados (que bien podemos llamar *extraordinarios*, por lo extremadamente ordinarios que son) el coronel Quesada, el general Cisneros y el dentista Tinker.

Estos tres personajes distintos, que no forman más que tres pillos verdaderos, han venido á revolver más el río donde han ganado tantos pescadores.

Dicen ellos que traen dinero, y no lo dudo, porque es gente esta que no sabe marcharse de un lugar sin llevarse el santo y la limosna.

Ahora, de traerlo á soltarlo es donde está la diferencia, y casi te diré que en ningunas como en las suyas podía ese dinero estar más seguro de no pasar á otras manos.

Dijo el *Sun* que traían dos millones de pesos; pero como recordará te dije en otra carta, que en la aritmética mambí nada significa un cero más ó ménos y que debía rebajarse siempre el 90 por ciento de todos sus cálculos, resulta que lo que verdaderamente han traído son \$200,000.

Añade el citado periódico, al dar cuenta del viaje de esos prófugos, que ni en Kingston ni en Aspinwall les presentaron la cuenta los dueños de los hoteles. Demasiado sabían estos lo que hacían: ¿á qué tomarse el trabajo de presentarla, si tampoco la hubieran pagado? ¿Pues no tienen aquí una infinidad de cuentas que nadie puede hacerles pagar por más que se las presentan?

Yo me alegro que haya venido ese trío de sinsontes, pues aquí nos están cantando graciosísimos tercetos, y nadie podría desacreditar tanto la insurrección como lo hacen ellos mismos.

Estos tan envidiados cuanto envidiosos enviados se ponen unos á otros como ropa de páscuas. Los tres hablan mal de Jordan; Tinker dice maldades de Rafael Quesada; Rafael dice pestes de Tinker, y Cisneros dice epidemias de los dos.

Dicen que Rafaelito es el tahir más completo, y que en cuanto á valor..... para correr, su hermano Manuel es un niño de tetas á su lado.

Tinker es dentista, y con esto queda dicho cuán útil ha de ser á los independientes. Creo que Céspedes, viendo que muchos de sus *súbitos* gustan de comer á dos carrillos, trata de fundar un Ministerio de la Denticion, cuya cartera, digo mal, estuche, encomendará á Tinker para que repase y tenga en buen estado de masticación á todas las quijadas de la República Q-vana.

Vi ayer varios documentos mambises interceptados, tales como autógrafos de Manolito Yerbas, Quesada y otras notabilidades de la manigua, con el sello del *desgobierno* y otras cosas muy curiosas.

Y apropósito de sello, debo añadir que uno de dichos documentos es una carta de Carlos Manuel al perinclarito Quesada, en que le dice:

«Le suplico que si ha usted concluido con el sello que me lo devuelva, pues está haciendo mucha falta.» Parece imposible que una República que envía embajadores al por mayor, esté tan escasa de sellos.

Casi todos esos documentos están escritos en una gerigonza que supongo el *español de Cuba*, según dice Duque el *decalcomaniático*.

Están fechados en diversos puntos que no he podido encontrar en el mapa de Cuba por más que he buscado. lo cual prueba dos cosas: que no están nunca quietos y que no están en ninguna parte.

Del significado de los nombres que han dado á sus campamentos se hacen varias deducciones. Así por ejemplo, uno está fechado «Cuartel General de la Seiba», de lo cual se infiere que estaban acuartelados en un árbol: otro está dado en la «Herradura», quiere decir, que estaban montados y prontos á escapar á uña de caballo; otro marca la fecha en «La Caridad», y está ya sabes tú que ni de vista la conocen, otro dice «Division de las Tunas», y ya comprenderás que hay un error de género, pues es á los *tunos* á quien se refiere: por fin, hay un salvo-conducto fechado en «Camazán» y dos en «Sabanilla», de modo que ni *camas* ni *sábanas* enteras llegan á tener esos mambises.

En uno de dichos salvo-conductos se recomienda que faciliten al contenido (el contenido son dos sargentos y un capitán, en este mismo orden) «los prácticos que necesitan para llegar á donde está el Presidente Carlos Manuel Céspedes.»

Muy escondido debe andar Manolito en la manigua cuando su gente no sabe *dónde está* y necesita prácticos para encontrarlo.

El día que se recibió aquí la noticia de que los *Peruleros* habían reconocido la independencia y la República de Cuba, los laborantes no veían de júbilo. La *Revolucion* echó á volar un *extra* escrito en *español de Cuba*, pues había más errores que palabras, y las botellas de champaña que quedaron medio llenas desde el embargo de las cañoneras, quedaron esta vez completamente enjutas. Pero después que los *vergonzantes* durmieron la turca de su alegría, despertaron ante la triste realidad de que su reconocimiento por el Perú no los sacaba de apuros, ni siquiera de la ma-

nigua; que los gorriones seguían muy tranquilos como estaban y que las demás naciones oían esa salida de tono del Perú como quien oye un rebuzno. Algun día ha de costarle caro al Perú el haber desobedecido la orden de aquel *perulero* que manda que cada cual atendiese á su juego.

¡Qué susto llevaron el otro día los pobres *vergonzantes*! No apartan la vista de nuestras cañoneras, y una de ellas salió días atrás á hacer un viaje de prueba fuera de la bahía. A la Junta se lo saltaban los ojos y el corazón le iba más aprisa que un insurrecto de retirada y *La Revolucion* no pudo contener un grito de miedo: ¡Ay, que se nos escapen! Luego nos vino con observaciones diciendo que cuidado que estos paseitos no se prolongaran demasiado y nos hizo saber que los buques de guerra de los Estados Unidos no son de papel de estraza como la escuadra en construcción de Carlos Manuel. ¡Pobre *Revolucion*! qué mal rato vá á pasar el día que salgan las cañoneras.

Un pariente de esos *Agrios-montes* que *funjen* como ministros y una porción de cosas más en la manigua, y el que, si lo vieras, parece un santurrón y dice que no ha hecho nada para que le embarguen los bienes, ha publicado una protesta contra las pretensiones que tiene España de vender la isla de Cuba. Oiga usted, señor saltamonte: España no venderá la isla de Cuba, pero sí lo que debiera hacer es venderlos á todos ustedes, si es que puede haber quien los quiera ni regulados. Si quieren ser ustedes independientes, ¿por qué no van al desierto de Sahara, que allí nadie se lo estorbará y aun es fácil que les dé una ayuda su amigo el rey de Malabar? Allí estarán ustedes en su sitio y tendrán un sin fin de economías, como la de los cuantiosos gastos que les ocasiona esa famosa escuadra en construcción y un ejército tan considerable como el de los *infantes ligeros*.

Porque han de saber ustedes que antes que gobernar Caldo Manuel en Cuba, se ha de convertir la Isla en un desierto peor que los del Africa, con que así, desierto por desierto, créanme, váyanse á Sahara.

El *Tábano* aquel que te dije había sido apresado en Filadelfia, logró al fin engañar á aquellas autoridades y salió para Liverpool por la vía de Halifax; pero al llegar á este último punto, hété aquí que vuelven á echarle mano y hacerle descargar todo su cargamento de carbon para ver si es cierto lo que ha declarado uno de sus tripulantes de que lleva armas y municiones escondidas.

Entretanto en el Apalachicola el Marshal coge una pequeña expedición de cincuenta ó sesenta hombres que iban en un vaporecito, el cual embarrancó en un banco de arena. Todo les sale de tajo á los laborantes.

Por contera acaba de morir el general Rowllins, Ministro de la Guerra y el más acérrimo partidario de la causa cubana, y he oído asegurar que la insistencia con que llamó al Presidente ántes de morir era para encarecerle que reconociese á los insurrectos como beligerantes.

Grant llegó una hora demasiado tarde: la mano de Dios está aquí patente.

Iba á hacer punto; pero recuerdo que lo mejor se quedaba en el cañón de la pluma.

Cisneros ha traído patentes de corso en blanco, firmadas por Caldo Manuel. ¡Qué borricos serán los que hagan uso de ellas!

Ha llegado de Washington el embajador mayor de los cubileteros.

Los desconcertados laborantes proyectan dar otro concierto de que te daré oportuna cuenta.

Tomaselli, el rapa-quijadas, anuncia que tiene en venta corbatas á lo Céspedes. ¿Quién diablos vá á ponerse semejantes corbatas? Porque ó yo me equivoco mucho, ó una corbata á lo Céspedes es una sogá de cañamo.

Adios, que es tarde.

EL MORO CASTEL.

LAS TUNAS VAN A LAS TUNAS.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

La vispera.

Cascorro, Cascorro ilustre,
Haren de las suripantás,
Quinto cielo de mambises,
Paraiso de Quesada,

¿Por qué en tus casas de guano,
En tus corrales y cuadrás,
Reina extraña algarabía,
Confusion inusitada?.....

—Negrita, venga albayalde.

—Mulatica, las enaguas.

—Tano, abróchame las botas.

—Pancho, dáme el jipijapa.

—Que enjaeeen mi caballo.

—Que ensillen la burra blanca.

—¿Montaré á la mujeriega?

—Nó, Tula, como Dios manda;

Una pierna á cada lado

Y así mejor se descansa.

—¿Y qué haré del malakoff?

—Lo llevarás á la espalda.

—Que enganchen pronto el quitrín.

—Que me recojan la hamaca.

—Adios, chinitico mío.

—Adios, chinita del alma.

—Cuida mucho de tu vida.

—Chucha, no temo las balas;

Nunca las oi silbar

Y siempre les doy la espalda.

—Hasta mañana en las Tunas.

—Hermosas, hasta mañana.

II.

La marcha.

Oscura, oscura es la noche,

Aun está distante el alba;

Mas ya van por la manigua

Mambises y suripantás.

¿Cuál se rebulle y retoza

La mujercil cabalgata

Que ha salido de Cascorro,

De las Tunas en demanda,

Suelto, muyuelto el cabello,

Cortas, muy ciertas las sayas!

¿Qué de planes acarician,

Qué de ilusiones se fraguan!.....

—¡Gracias á Dios!..... esta noche

Dormiré en lujosa cama.....

—¿Y quién habla de dormir?

Habla de cantos y danzas,

De *velos* y de banquetes,

De champagne y de guarachas.

—¿Y no habrá miedo á gorriones?

—¿Quiéres callarte, guanaja?

—¿Con que siempre con mi Tano?.....

—¿Quién te ha casado, muchacha?

—¡Toma! lo estoy *civilmente*

Hace más de dos semanas.

—¿Quién estuviera en las Tunas!

—¿Quién en las Tunas se hallara!

III.

El desengaño.

«¡Cada encuentro, mil galletas,

Mil piñas, cada batalla

Nos regalan los patenes

Y las recibe Quesada;

Fuimos á atacar las Tunas

Y á tundas casi nos matan.....!»

Así, con llanto en los ojos,

Exclaman las suripantás,

Al hallarse sin champagne,

Sin bailes y sin guarachas,

Y muchas sin el civil

Esposo de dos semanas.

Oscura, oscura es la noche

Y aun está distante el alba,

Y en la manigua tendidas

Yacen las camagueyanas,

Suelto, muyuelto el cabello,

Cortas, muy cortas las sayas!

Los muchachos no parecen,

Las dejan abandonadas;

¿Qué harán?.....Tan solo los negros

Custodian las suripantás;

Por esto, tristes repiten

Entre sollozos y lágrimas:

«¡Cada encuentro, mil galletas,

Mil piñas, cada batalla

Nos regalan los patenes

Y las recibe Quesada;

Fuimos á atacar las Tunas

Y, á poco, á tundas nos matan.....!»

ALÍ-BILIN.

MADRID SE ABURRE.

Los que, residentes hoy en la provincia de Cuba, han vivido algún tiempo en la capital de España, en este pueblo ávido de emociones, en este centro de la política, de los espectáculos y las noticias de toda especie, saben la increíble rapidéz con que sus habitantes devoran acontecimientos, y no deben extrañar, que aun en medio de una época revolucionaria, pueda darse el caso de que falte pábulo á la conversacion madrileña de ordinario tan bulliciosa y animada. Todo buen madrileño saluda al amigo ó conocido que se encuentre con un «¿Qué hay?» y es por demás soso y triste para cualquiera de los moradores de la villa del oso y el madroño, oír que le contesta «Nada». La necesidad de noticias es tal, y esto explica el éxito fabuloso de *La Correspondencia*, que sin ellas, la conversacion languidece hasta entre las personas de más talento, y me atrevo á asegurar, que para un gran número de los que hacen la vida de la capital, la existencia carecería de objeto si no la empleasen en saber ó narrar lo que sucede.

Los romanos necesitaban para vivir *pan y espectáculos*; nuestros padres *pan y toros*; nosotros, más modestos en la apariencia, pero mucho más exigentes en el fondo, creemos indispensable á la vida *pan y noticias*. El día en que no ocurre un acontecimiento de marca mayor, el día en que

no sucede algo extraordinario en la esfera de la política, de la literatura, del arte ó en otra cualquiera, Madrid calla, Madrid medita, Madrid está melancólico, Madrid se aburre.

La capital de España estaba triste al par que animada con la perspectiva de un movimiento carlista: triste, porque es liberal, y aunque segura del triunfo, veía en lontananza un torrente de sangre española vertida por españoles: animada, porque los carlistas sembraban discordia, y ella iba á recoger cosecha de noticias, de las cuales haría durante un largo período su cotidiano alimento. Los Jeremías políticos, los que en todo ven males irreparables y terribles escenas, habían convencido á los madrileños de que iban á ocurrir grandes cosas; ponderaban los aprestos militares del enemigo, encarecían los elementos con que contaba; la guerra civil con todos sus horrores, pero con todas sus emociones estaba encima. Madrid temía, mas á la vez esperaba. Comenzó el alzamiento carlista: desde los primeros momentos, segun las estadísticas mejor formadas, se lanzaron al campo mil setecientos hombres, entre los cuales se contaban, y esto sí que hace hablar hasta á las piedras, *ciento cincuenta y cinco presbíteros*; salieron tropas; vinieron partes; se bulló; se supo; se supuso; se inventó: triste era la guerra civil, pero más triste era no tener de qué hablar. Mas pasa un día y otro día: las facciones se desbandan, muchas de ellas al solo oler á las tropas liberales; los curas quieren volver á sus parroquias; los carlistas se presentan á las autoridades, arrojando las armas; las partidas, sin hacer nunca cara, huyen despavoridas; y el objeto de la conversacion falta, y las lenguas no saben en qué ocuparse; y Madrid, al par que celebra el traji-cómico desenlace de la farsa, siente la falta de las prometidas emociones, empieza á silbar porque se ha faltado al programa, porque se han defraudado sus esperanzas, porque acaba de convencerse de que es mucho menos divertida una *carrera de carlistas* que una carrera de caballos.

Para comprender toda la gravedad de la situación que nos encontramos, es necesario fijarse en las circunstancias especiales que nos rodean. Veníamos mucho tiempo hacia ocupando sábiamente el tiempo en hablar mal del Gobierno, para lo cual este, con una generosidad superior á todo encarecimiento, no cesaba de darnos ocasiones; ha venido la revolución, y como casi todos somos revolucionarios, ó aprobamos los actos de los que nos mandan, ó callamos acerca de los que no nos gustan. Otra de nuestras ordinarias ocupaciones, y por cierto no la ménos entretenida, era leer *El Boletín de la Revolución*, *El Centinela del Pueblo*, *El Rayo*, periódicos clandestinos que nos dábamos misteriosamente por debajo de las mesas de los cafés, y que cada cual saboreaba más tarde en el retiro de su hogar doméstico con esa dulce fruición que causa siempre catar el fruto prohibido: la libertad absoluta de imprenta ha venido á privarnos de este placer. ¿Qué gusto se encuentra en leer el periódico más furibundo, si públicamente se vende por las calles y se obtiene á cambio de la más humilde moneda de cobre? Quedábanos los teatros, la literatura, las artes. ¡Ay! La política, que lo absorbe todo, el verano y algunas causas especiales, que no son de este lugar, han abierto un paréntesis en teatros, en artes y en literatura: momentáneamente al ménos, estos grandes elementos de la vida madrileña no existen: Madrid languidece; Madrid no sabe de qué hablar; Madrid es desgraciado; Madrid se aburre.

¡Si al ménos estuvieran abiertas las Cortes! Pero los diputados han huido de este lugar de desolación, donde se pasan días y días sin una mala noticia que dar ó recibir. ¡Si Francia se decidiera á hacer la guerra á la Prusia! ¿Qué se ha de decidir! Napoleón, después de todos sus aprestos militares, ha retrocedido delante de Guillermo por el solo gusto de no proporcionarnos emociones; Napoleón, como Carlos, ha defraudado nuestras esperanzas, y después de habernos hecho con un pomposo cartel que encargásemos billetes en contaduría, nos anuncia que no hay función. Sin poder hablar mal del Gobierno, sin prensa clandestina, sin carlistas, sin comedias y hasta sin una mala guerra europea, ¿qué vá á ser de nosotros? ¿Qué aliciente tendrá la vida de Madrid? Madrid se aburre, y un Madrid que no se divierte, no es Madrid.

Réstanos ocuparnos de la cuestión magna, de la candidatura real. Pero ¡ay! que los republicanos dicen que lo mejor es no pensar en eso, lo cual es dos veces desconsolador, porque no estamos muy bien que digamos, y porque la *conversacion* está terminada; y en cuanto á los monárquicos, no saben salir de un Orleans, un Braganza, un Saboya ó un príncipe de la casa de Inglaterra, lo cual nos obliga á hacer variaciones constantes sobre el mismo tema. Los madrileños creemos, y con razón, que el mundo ha sido creado para que ocurran acontecimientos, y los acontecimientos para que sirvan de pasto á Madrid. ¿Qué hace la humanidad ó en qué se ocupa, que la capital de España no tiene algunas mañanas ni una mala noticia con que desayunarse?

Nuestros días son largos como los de las regiones polares; nuestras noches eternas. Hemos derribado una dinastía secular, que daba mucho que hablar, casi sin lucha y en poco más de una semana; hemos hecho las primeras elecciones por sufragio universal sin quemar un cartucho, y la Constitución democrática sin un motin en un Palacio que ni siquiera tenía guardia: ha venido la tan esperada insurrección *legitimista* para acabarse en nueve ó diez días á fuerza

de piernas. ¿Si vamos á este paso, si todo sigue esta marcha, de qué nos vamos á ocupar? Estoy por creer que, una vez abiertas las Cortes, el mejor día nos nombran rey, en paz y en gracia de Dios, solo por no darnos de qué hablar á los madrileños. Seremos un pueblo libre, un pueblo tranquilo, rico tal vez y floreciente; pero de seguro seremos un pueblo en el que la gente se hastía, y Madrid puede resignarse á ser esclavo y pobre y á vivir en la intranquilidad y la decadencia, pero no puede soportar la perspectiva de llegar á ser un pueblo aburrido.

Existe una esperanza, nos dicen los optimistas. Cuando la situación se consolide, cuando el país se constituya definitivamente y marche por la corriente natural, volverá á haber comedias nuevas y grandes artistas y exposiciones de pintura y hasta inauguraciones de obras públicas y de grandes establecimientos industriales. ¿Pero y los motines, y las conspiraciones, y la prensa clandestina, y la noticia dicha al oído porque no la oiga el polizonte que acecha cercano, y esos mil y mil pepinillos en vinagre del banquete de la vida madrileña, que pródigos nos daban á manos llenas los gobiernos anteriores, volveremos á gustarlos? Nos darán libertad; pero esta libertad cosa que ahora se usa sin generala, sin trágala, sin emociones de ninguna especie. ¿Y para esto hemos hecho una revolución? Madrid se engalana materialmente; se abren en todos sus barrios grandes calles y anchas plazas; aumentan sus paseos y sus jardines públicos; pero la procesion vá por dentro: en los cafés, en los casinos, en las reuniones, no se sabe de qué hablar: Madrid, el pueblo más entretenido de la tierra, aquel que tenía siempre un plato nuevo que servir en la conversacion, el que blasonaba de ser el más chismoso y el más murmurador del universo, carece de conversacion, no encuentra chismes, se halla sin murmuracion. Madrid se aburre, lo cual significa que la capital de España ha muerto moralmente.

La capital de España no es un pueblo industrial, aunque paga por su industria más que Barcelona, ni agrícola, aunque sus campiñas áridas, en la apariencia, rinden cosechas no despreciables; pero era, esto no obstante, un pueblo eminentemente productor. ¿Qué producía? Anécdotas, chistes, dichos agudos que después de alimentar espiritualmente á sus habitantes, esparcía por la nación entera, bastando á entretener durante las largas veladas de invierno á todos los españoles. ¿Se han secado para siempre las fuentes de este comercio? ¿En dónde están aquellos felices días en que cada círculo era un volcán de epigramas y cada reunion un océano de agudezas? ¿Qué fué de los tiempos en que dos poetas publicaban todas las noches, en una mesa del café Suizo, un periódico *hablado*, porque la rigidez de la censura no les dejaba imprimir sus pensamientos? Entonces Madrid era Madrid; Madrid se divertía, y el verdadero madrileño tornaba aburrido de París y Londres, de Berlín y de Viena, de Florencia y de Roma, reconociendo la superioridad de su villa sobre todas las ciudades de Europa. ¿Qué hemos hecho de todo esto? Lo hemos cambiado por la libertad, por la tranquilidad, acaso por la riqueza, tal vez por la ilustracion y la sabiduría. ¡Buena cuenta daremos á nuestros hijos de la capital que nos legaron nuestros padres!

Ayer he sabido, por ejemplo, que en los sótanos del Palacio real se han encontrado, amen de otras *baratijas* por el estilo, los célebres cartones que Goya dió á la Fábrica de Tapices y que todo el mundo creía perdidos. Estaban enrollados, cubiertos de polvo y en un estado verdaderamente deplorable. En otros tiempos, ¿cuánto hubiera esto dado que hablar á artistas y literatos! ¿Qué de sátiras, cuántos epigramas, qué multitud de dichos punzantes hubieran salido de sus bocas de víbora, y qué comidilla tan agradable para Madrid! Pero ahora, al par que ha llegado esto á mi noticia, he sabido que ya están limpios, que se les están poniendo marcos y que para fines de Setiembre podrán admirarlos los amantes de las artes en el nuevo Museo del Escorial. ¿De qué habla usted? ¿De qué va usted á murmurar después de esto? Hay que abandonar la villa ó resignarse á vivir en vulgo. Madrid es una aldea, Madrid no tiene de qué hablar, Madrid no murmura, Madrid no zahiere, Madrid se aburre, Madrid no es Madrid.

En esta prosaica villa á 27 de Agosto de 1869.

LUIS EGUILAZ.

CINCO SEMANAS EN BURRO.
NOVELA EN ESTILO VERNÍSTICO-PUNTIAGUDO,
POR DOS MOROS Y MEMO.

CAPITULO DUODECIMO.

El bohío.—La mesa.—Menaje y comida.—Historia finjida.—Desenlace.—Las de Villadiego.—Cortesía.

En el centro de un bohío de ramaje, habia una caja de envasar tocino, vacía y boca abajo, que servía de mesa; un gran plato de hoja de lata lleno de arroz cocido con sendas magras de tocino, varios vasos de distintos tamaños y materiales, conteniendo vino catalán, algunos trozos de salchichón, latas de sardinas de Nantes, frutas silvestres del país, galletas con marca A. M. y cucharas de palo, peltre y asta, constituían la comida y el menaje de aquellos oficiales.

Morrales Llenos fué colocado á la *cabecera de la mesa* y Goyo estaba á la *puerta del bohío* mezclado entre los asistentes; Céspedes, un poco más afuera y atado á una estaca, festejaba su estómago con un buen haz de maloja, que le sabia á gloria.

El almuerzo empezó por una *ronda* de ginebra.

—Vamos, buen amigo, cuéntenos usted su historia, le dijo un capitán, ó por lo ménos la de sus últimos tiempos, pues á juzgar por su edad, sería bastante larga para referirla toda.

—Yo, señores, contestó *Morrales Llenos*, dando con la vista una vuelta alrededor de la mesa y pensando seguir siendo andaluz, soy de Lucena.....

—De allí son todos los beloneros, interrumpió un alférez lampiño.

—Y mis padres del mismo Córdoba: vine hace años á esta tierra al lado de un tío canónigo que quería hacerme eclesiástico, pero.....

—Si, buen *escolástico* está usted, dijo Goyo metiendo baza en la conversacion, con tanta afición á las chicas, segun dicen.....

—A tí, Goyo, nadie te llama aquí; los criados oyen y callan, y si puede ser se vuelven sordos.

Pues como iba diciendo, querian hacerme cura, pero me curaba yo más de faldas de seda que de sotanas de paño, y así es que muy pronto me casé. He vivido feliz mucho tiempo, retirado del mundo en una hacienda de ganado hasta que esos condenados de insurrectos..... ¡ojalá yo me los encontrara!..... La otra mañana me llevaron las reses y la mujer, me quemaron la casa, y aquí me tienen ustedes con lo que me ha quedado á lomos de mi rocante.

—¡Bien miente mi amor exclamó por lo bajo Goyo; ¡y lo sério que se pone para mentir!

—¿Y no ha visto usted á los mambises? preguntó el capitán.

—Cá, no señor, y me alegraría verlos, para que siquiera me devolvieran la mujer.

—Y á dónde vá usted ahora? le interpelló otro oficial.

—Trato de llegar á las Tunas, donde no me faltan amigos, pero el hombre propone.....

Algunos tiros sonaron á la inmediacion del conuco; los oficiales salieron corriendo de él y dejaron solos al licenciado y á Goyo, que no sabían lo que les pasaba.

—Apareja volando á Céspedes, y aprovechemos el *rebumbio* para escurrirnos por cualquier lado.

Y diciendo, sacó un pedazo de papel, escribió con lápiz unas palabras y lo colocó en la mesa sujeto con uno de los vasos.

Ayudó á Goyo en su faena, y mientras la tropa salía al paso ligero por un lado del campamento, ellos salieron por el opuesto, internándose en la manigua.

En el papelito se leía lo siguiente:

El Licenciado Morrales Llenos, saluda á ustedes en nombre de los mambisianos.

CAPITULO XIII.

Cansancio y descanso.—Nueva enfermedad de Goyo.—El Guao.—Su descripcion.—Sus efectos.—Método curativo.

Hasta por la tarde no pararon de correr; el licenciado no podia más, Goyo no se fatigaba ménos y Céspedes perdió dos herraduras. Para colmo de desdichas, parte de los bastimentos quedaron en la manigua y al quitasol ó paraguas se le rompió el palo.

Llegaron á una sabanita cuando el sol empezaba á declinar, y allí se prepararon á comer y descansar bajo un grupo de *jobos*; armaron su tienda con el encerado, y prepararon la colacion, compuesta de tasajo, galleta y un poco de café.

Pero Goyo, así que hubieron concluido, bien por respeto al licenciado, bien por estar más solo y dormir desde luego á pierna suelta, se acostó bajo unos arbustos que crecían allí cerca y entregó su alma á Morfeo.

Morrales Llenos, después de hacer algunos apuntes en su *Diario*, también se durmió.

A la mañana siguiente despertó Goyo muy temprano, con un desasosiego general del cuerpo y acalentrado, sin casi poder moverse; llamó al licenciado á grandes voces, y en tono tan lastimero que aquel creyó que le estaban matando.

—¿Qué te sucede, Goyo? le preguntó acercándose á él; dime, Goyo, ¿qué fué?

—¡Ay, señor! Yo no sé lo que me pasa; pero si de esta no me muero, á fé que no me muero en *jamás*.

—¿Pero qué sientes, muchacho, qué te duele?

—Señor, no me duele nada y me duele todo el cuerpo; siento así, un arrebato, una tirantez, vamos, usted que es *licenciado* lo sabrá mejor.

—En efecto, tienes fiebre, estás como hinchado, la cara y las manos manchadas..... ¡Ah, ya caigo!..... Corre, quitate de ahí y acuéstate allí debajo de aquellos *jobos*.....

¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué atrocidad!.....

—Señor, no me cause usted miedo.....

—¡Hombre, hombre, si lo que tienes tú, es que has dormido á la sombra del *guao*.....

—¿Eso es cosa de perros? Pues yo no veo ninguno por aquí.....

—¡Quita, hombre! ¿Qué perro ni perra? ¿El *guao* no sabes lo que es? Pues oyeme con atencion; pero ántes mudemos de puesto, no vaya á atacarme á mí tambien.

El *guao* es ese arbusto bajo el cual has dormido; los mayores no pasan de seis varas, es silvestre y muy comun. Pichardo lo describe como así tú lo ves: hojas ovales oblongas, arriba lisas, tomentosas por el revés, dentadas, nerviosas; flores de tres á cuatro pétalos con iguales partes de cáliz y estambres; segun el mismo y el Sr. Lainer, florece en Junio, y en Enero segun Paz y Morejon, la semilla de Abril á Mayo que come al cerdo; su tronco sirve para hacer horcones por su duracion y solidez; por dentro es colorado, casi de almagre, y dá resina por incision. El contacto de cualquiera de sus partes, principalmente su leche, es nocivo, forma llagas, y á veces irrita todo el cuerpo, y en algunas personas predisuestas, como lo eres tú, basta un sombra ó atmósfera para enfermarlas, causándoles hinchazones y fiebre, y en otras su influencia es nula. Tambien asegura Mr. Tusac que el olor del *guao* de Santo Domingo quita la vida, pero yo no lo creo.

Mas no te apures, pobre Goyo, que yo te buscaré remedio; no faltará por ahí una *guásima* ó *sagud* y con su babazote quitaré los efectos del *guao*.

—¿Sabe usted, señor, que parece el lenguaje de esta tierra lenguaje de perros, pues todo empieza por *gud*?

—Tienes razon, Goyo, pues pasan de ciento veinte las que el Sr. Pichardo apunta en su *Diccionario de voces*, que empiezan con *gua*, eso sin contar sus derivados y otras muchas que lo tienen en medio ó al fin.

—¿Y me curaré pronto, señor?

—Allá veremos; mas yo creo que si; estáte ahí quieto y recogido mientras yo voy en busca de la *guásima*, y luego empezaremos la curacion.

(Continuará.)

ARABESCOS.

¿No varían el nombre á una calle, y sin embargo, los vecinos son los mismos?

¿No se ha cambiado de nombre á varios buques de guerra y á algunos cuerpos del ejército, y continúan no obstante en su misma organización?

¿No era Morrales Llenos consejero de Administración aquí y Presidente de aquella junta allá y siguió siendo tan Morrales como cuando nació?

¿No llamaban los *sinsontes indianas* á las que yo digo *suripantas* y son las mismas perras con diferentes collares?

Le nom ne fait pas rien la chose, dicen los franceses, y *el hábito no hace al monje*, decimos los españoles.

Pues llámeme yo Moro ó díganme Don Junípero, siempre seré el mismito que la tomó con los *mambises* y he de seguir en mi empresa de acabar con su ralea.

Ahora os contaré un cuento de localidad.

Había en la Habana un baratillero, que se vió obligado á cerrar su tienda por cierto tiempo.

Volvióla á abrir después, y no queriendo darle el mismo título de ántes, fijó una muestra que decía:

EL MISMO.

Y *el mismo* sigue, como yo seguiré, aunque tenga que daros el medio por mi bautizo.

Una insurrecta, de las que asistieron
Al palo que en las Tunas recibieron,
Al ver de sus soldados el valor
Se murió la infelice de dolor.
Aquestos graves, fieros accidentes
Hijos son del valor de esos valientes.

Se ha inventado una carabina que hace 38 disparos por minuto.

Respetando y reconociendo la habilidad y el ingenio del autor, lo primero que sé decir es:

—¿Qué atrocidad pensar que un hombre puede matar en un minuto á treinta y ocho hermanos suyos, como estos no sean *mambises*, que pertenecen á distinta familia!

A juzgar por el extraordinario progreso en las invenciones guerreras, vá á llegar tiempo en que baste un ejército de cuatro soldados y un cabo, con cinco carabinas que maten cinco mil hombres por segundo, para ganar una batalla.

Para perpetuar la heroica defensa de las Tunas, el general Caballero de Rodas ha dispuesto que en lo sucesivo se llame ese pueblo *Victoria de las Tunas*.

Mejor que mejor; con eso se sabrá que hay diferencia entre las heroicas Tunas, y las tunas *suripantas*.

Mi señor Don Perú, ha hecho ya el bú,
Cual siempre lo está haciendo Don Perú,
Y á tí, lectores míos, se lució,
Que á *Céspedes* al fin reconoció.
¡A nosotros nos tienen sin alientos
Tan importantes reconocimientos!

Con el número inmediato recibirán nuestros suscritores la OCTAVA HOJA DE DIBUJOS, perteneciente al mes de Agosto que ha llegado ayer de Madrid por el vapor-correo español.

Hemos tenido el gusto de solazarnos oyendo recitar á nuestro particular y distinguido amigo D. Francisco Camprodon, la magnífica elegía que ha compuesto en la muerte del bravo marino español D. Casto Mendez Nuñez.

Cuando esa composición esté impresa y se haya puesto á la venta, que será en breve, daremos una muestra de sus sentidos é inspirados versos.

En el Cerro, estos días, unos nónes
Cantaban, entonando parabienes,
En su casa todos encerrados,
De fieros insurrectos disfrazados.
Su audacia y su valor puede notarse
Cuando se atreven sólo á disfrazarse.

Como desde que comenzó á hablarse de la emancipación de la mujer, de sus derechos perdidos, de la conquista de su independencia y otras cosas por el estilo, que trascienden á música celestial, ésta empezó á invadir el campo de la política, ahí tienen ustedes que no importan nada las falidas para hablar de simpatía y laborar con sin igual descaro.

En Villanueva hace tiempo, después en las Tunas y no hace mucho en un baile, se las ha visto con el pelo suelto, y las estrellitas en el vestido, pero estas últimas no sirven más que para estrellarlas, que tan mal astro alumbraba esa perdida causa.

Precisamente una estrellita ha dado lugar á un combate en ciertos baños públicos de la Habana, y á un viaje de placer..... hasta cierto punto, á las Islas Canarias, de una cierta *suripanta* que entre nosotros vivía.

El viaje es ya sabido, y el combate no hay quien lo ignore, pero para que se sepa mejor, el lápiz de D. Junípero se ha encargado hoy de inmortalizarlo entre las caricaturas.

Allá en *El Hermitage*, una morena,
Me liquidó media onza en una cena,
Y en *El Capricho* una rubita airada
Me liquidó otra media la taimada.
Si asistir quieres ¡ay! á esas funciones,
Ya tendrás sin cesar liquidaciones

La sociedad que gira en el campo bajo la razón *Cuba libre*, está á punto de disolverse. Ya hoy solo gira con los piés para el extranjero. Los efectos procedentes de dicha compañía se venderán en la plaza titulada: *Trágala tú, muchachón*.

A quien vuelva á hablar del crédito de la comunidad se le arrimará un estacazo.

Bailaba, y en el *Louvre* por más señas
Mi amigo don Abundio Mascarañas,
Y del baile, mi amigo, á la salida,
Sufrió,—¡desdicha fiera!—una caída.
En esos bailes, creo yo, á mí ver,
Que es fácil, facilísimo el caer.

A la llegada de las tropas del primer Cónsul á Moscow, este pueblo fué una hoguera, en la que se arrojó hasta el último moscovita. En las *candelas* de Bayamo, Casorro, San Miguel, etc., etc., no se sabe que se haya arrojado ningún bijirita.

Por hacer el amor Juan á Rosita
Está sin pantalón y sin levita;
Y por amar á Juana Don Severo,
Anda solo, tronado y sin dinero.
Visto está que las grandes emociones
Del amor, se traducen en doblones.

La escena tiene lugar en Puerto-Príncipe.

—Papá, yo quisiera ser del Comité.

—¿Porqué, hijo mío?

—Por qué así comeríamos.

—Sí hijo, el rancho de la Cárcel.

Del siguiente hecho responde el moro que lo cuenta con una borla de su alquicel.

Se verificaban en un colegio de no muy católico origen, los exámenes, y el domine Simpatías Céspedes, satisfecho de la inteligencia de sus alumnos, decía á los concurrentes, más hinchado que Cristóbita cuando anda entre los comunes de Guáimaro:

—Pregunten ustedes, pregunten lo que gusten, una cita histórica, cualquier problema de matemáticas, etc. etc.

—Allá vá uno, respondió un concurrente. Diga usted, niño: *dado una lengua muy larga, unas manos bastante cortas para manejar un espadón ó una escoba; reunido esto á un cuerpo raquítico y á un alma depravada; saturado todo con el fango de la prostitución más abyecta, ¿qué se obtiene?*

—Una cosa parecida á un hombre.

—¿Y cómo se llama?

—Manuel Quesada.

—¿Que se le corone por su acierto! gritó el inspector de los exámenes.

Y el domine cayó desmayado en una silla.

Don Ambrosio Valiente aun no ha llegado
Con aquella bandera que le han dado;
Mas si llega á venir, aquí le espera
Colgada de un balcon otra bandera.
¿Quién sabe si este mozo abanderado
También un día lucirá colgado?

El número 9 de *La Gorda* me hizo su visita de confianza el domingo pasado.

Es una señora muy fina, y yo procuro corresponder á sus favores, porque también soy muy fino.

En cuanto al gorro con que me retrata, no hubiera querido que me lo pusiera, porque en cuestiones de gorros me escamo, y al lado de Don Gil, debo estar descubierto.

Por un juzgado de Madrid se cita al amigo Gutierrez de la Vega y á su compinche Gonzalez Brabo, sobre pugo de maravedises por el poeta Campomamor

¡Hombre! que deba un pobre, como yo, no es ningún delito; pero deber dinero un Gobernador dimisionario y un presidente del Consejo de ministros del *empuje* del señor Gonzalez, me parece demasiado fuerte.

El juzgado les dá un plazo de nueve días para presentarse

Cuando lean el edicto los interesados, es decir, los *desinteresados*, allá en Biarritz, exclamará cada uno para sí: —¡Vuelvo!

Un *sinsonte*, de los que tanto abundan en las filas maniágeras y que tan soberanos picotazos reciben de los gorriones que les buscan hasta en sus más recónditos nidos, ha compuesto á su predilecto Presidente *in partibus*, Manolito Yervas, la siguiente quisicosa que huele á soneto y que parece imitación:

No me mueve, Manuel, para quererte
La embajada que ya me has prometido,
Ni el gorrion me aterra, tan temido,
Para acudir servil á obedecerte.

Tú me mueves, Manuel. Muéveme el vorta
Tan guapote, tan fresco y tan lucido,
Muéveme el verte en un belen metido
En que ignoro lo que ha de sucederte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
Que aunque no hubiese empleos te aclamara,
Y sin tus latigazos te temiera.

No me tienes que dar porque te quietas;
Pues aunque Puello no te apabullara,
Contigo en la manigua me metiera!

En el presente número damos el tercer artículo escrito expresamente para nuestro periódico por el distinguido literato madrileño Don Luis de Eguilaz.

A este seguirán otros, y por los publicados pueden ustedes juzgar el mérito de nuestro nuevo colaborador, que ya deben conocer y apreciar hace mucho tiempo, pues goza de justa y extendida fama en la república de las letras por sus *Verdades amargas* y otra multitud de excelentes obras que ha dado á la prensa y al teatro.

Dice un periódico que en la jurisdicción de Manzanillo se han presentado á las autoridades 4,604 almas.

¿Y los cuerpos, siguen en la insurrección?

En un *perico ripiado*—como dicen en el Camagüey—que hubo el lunes en una de las calles del Cerro, se entusiasmaron los bailarones y prorrumpieron en *vivas* y *mueras*.

El resultado del *guataqueo* ya lo saben ustedes por los diarios: con el mayor orden y compostura fueron metidos en *chirona* veinte y un machos y seis hembras.

¡Guataqueen ustedes!

Problema. Dadas la pluma de un *laborante* y la cabeza de éste, hallar el sentido comun de la insurrección.

—Has ganado? preguntaba un amigo á otro que venia de manejar las cuarenta.

—Nó.

—¿No has acertado ninguna carta?

—Sí, y eso es lo que me contraria. He acertado *atorce* albuces.

—Caramba!.....

—Solo que.....

—¿Qué?

—Olvidaba decirte que entre los *atorce* ha habido más de ochenta que me han hecho perder.

EPITAFIO.

Aquí yace la mayor

De las suripantas Evas.

—A confesion de las partes

Relevacion de las pruebas.

Cuando yo se lo decía á usted.....!

Ya comienzan á oirse los clamores de los americanos seducidos en Nueva-York para ser víctimas en nuestra isla—*nuestra* ¿lo oís, laborantes?—de los rigores del clima ó de las balas españolas.

Uno de estos, que perteneció al estado mayor del que se titula general Jordan, en fuerza de trabajos ha logrado fugarse de Cuba y llegar á la metropolitana ciudad, y allí alza á sus compatriotas el velo tupido que cubre los crímenes y las intenciones de esa gente criminal que se dá el título de libertadora.

La carta que ese pobre hombre ha publicado en algunos periódicos americanos y que otros se apresurarán á reproducir, es más aplastante para la denominada Junta Cubana, que una bomba de grueso calibre.